

Editorial

22/8/2015 – Asociación Bautista Argentina.

Nuestro desafío, nuestro camino

Siempre ha sido de inspiración, un llamado de atención y de guía para mi vida y ministerio el relato de Isaías 6.

El capítulo 5 de Isaías nos pone un poco en contexto de la situación en la que Isaías se encuentra:

Isa 5:4 ¿Qué más podía hacerse a mi viña, que yo no le haya hecho? ¿Cómo es que dio uvas silvestres, cuando yo esperaba que diera buenas uvas?

El Señor a través del profeta comienza a lamentarse y hacer una lista de realidades que lo único que van a traer es dolor y pérdida (Isaías 5:8,11,18,19-24).

A esa realidad se suma un contexto social y político que sin duda era para tener en cuenta.

Isaías, seguramente buscando “leer bien la realidad” y entender por dónde empezar y que decir, tiene un encuentro con el Señor. Algo interesante en el ejemplo de Isaías es recordar hay que empezar por uno mismo, recuperando nuestra visión de Dios.

Algunas cosas que son claras para Isaías:

- Dios está sentado en el Trono y que sigue siendo Soberano.
- Dios es tres veces Santo, no solo en su pureza, sino en su forma distinta de actuar.
- La realidad de su pecado y su similitud o parecido con aquellos a los cuales debía servir y predicar.
- El amor y el perdón que pueden transformar nuestra vida de pecado es para todos.
- El llamado de Dios a la tarea.
- A pesar de la destrucción en donde solo queda un pequeño tronco, y allí hay esperanza.

Nos toca vivir un tiempo, en el que salvando las diferencias, es bastante similar al de Isaías.

En ese sentido es importante que recordemos y tengamos presente una clara visión y conciencia de nuestro Dios, de su llamado y de la esperanza que tenemos.

David Haney, en su libro “Renueva Mi Iglesia” decía hace más de cuatro décadas y señalando lo que Elton Trueblood marcaba una década antes refiriéndose a la iglesia: “*Las señales de nuestro éxito en el mejor de los casos eran superficiales y que ocultaban problemas espirituales mucho más profundos*”. También señala Haney citando a Karl Heim: “*La iglesia es semejante a un barco en cuya cubierta todavía continúa la festividad y se puede escuchar música alegre. Mientras tanto, muy debajo de la línea de flotación se ha abierto una grieta y masas de agua están entrando. Aunque las bombas trabajan día y noche con cada hora que transcurre todo el casco está sumergido*”.

La verdad es que cada vez que como iglesia del Señor hacemos lo que el Señor nos manda los resultados son positivos y maravillosos, pero también es cierto señalar una evidente

“**inconsistencia**” entre lo que tantas veces afirmamos sobre la iglesia y la realidad que vivimos. Debemos recordar que la iglesia **no es una institución**, es el **Cuerpo de Cristo** que tiene vida y debe manifestarse de manera coherente con su misión y mensaje. En este sentido creo que es interesante ver el ejemplo que nos plantea el libro de Jeremías y la diferencia entre lo que los decían los falsos profetas y lo que le tocaba decir al profeta de Dios.

Otro elemento que quizás podemos ver es el de la “**irrelevancia**” en como presentamos el mensaje y tarea que realizamos frente a la verdadera necesidad de todo el mundo. Muchas veces estamos interesados en “**programas y eventos y no en la necesidad y los problemas de las personas**”. No está demás decir que es el pecado lo que va llevando a las personas a situaciones que les impide vivir la vida abundante que nos ofrece el Señor. Lamentablemente, muchas veces estamos ocupados en “**hacer**” cosas, en desarrollar programas e ir tras eventos y organizaciones, que no son la iglesia, actividades que “**nos hagan sentir bien**” y en el mejor de los casos para atender algunas de las consecuencias del pecado en la vida de las personas y la sociedad. La verdad es que generalmente llegamos tarde y muchas veces mal como respuesta a la necesidad real de las personas. No debemos olvidar que debemos anunciar el Reino de Dios, en donde todas las cosas van cambiando para bien cuando aplicamos sus principios de vida, pero que para obtener la ciudadanía en ese Reino es necesario reconocer el pecado y aceptar la obra de Cristo en nuestra vida.

Un tercer elemento a señalar es el “**aislamiento**” en el que vivimos como iglesias. Nos hemos aislado a desarrollar nuestra vida espiritual solo en los templos, en el mejor de los casos parte del domingo, si es que no participamos de otra actividad otro día y participando como espectadores de un evento religioso con el solo fin de encontrar alguna migaja que sacie un poco nuestra necesidad y nos haga sentir bien olvidándonos que en la silla de al lado hay un hermano con el que puedo compartir, ayudar o recibir ayuda.

Si somos objetivamente sinceros y sin dejar de lado las buenas cosas que en el Señor tenemos y vivimos, indudablemente, como decía una canción lema en un congreso juvenil “**la realidad nos obliga**” a reafirmar algunas cosas que son claras en la palabra de Dios para todos los tiempos.

La primera es la misión que nos dejó el Señor sigue siendo la misma. En plena conciencia debemos recordar que el Señor prometió a sus seguidores tres cosas: “**ser absurdamente felices, libertad sobre el temor y estar siempre enfrentando problemas**”. En ese marco nos da la Gran Comisión que tenemos en Mateo 28:18-20.

Conocemos y creo que todos podríamos explicar el contenido de la misión. Es muy claro el texto que marca prioridades en nuestra responsabilidad y acción principalmente en lo local, pero que también somos responsables

en lo nacional y lo mundial.

El Señor no nos deja solos en la tarea, Su presencia y Sus recursos son una realidad para desarrollar la misión. En Él está nuestra capacidad para ser “**ser absurdamente felices, libertad sobre el temor y estar siempre enfrentando problemas**”.

Es fundamental el lugar que tiene la Iglesia y el verdadero culto al Señor en el desarrollo de la misión que tenemos.

Siempre recuerdo la enseñanza que recibí de mi profesor de Eclesiología y Administración Eclesiástica: “**Tengan cuidado de que la Iglesia siga siendo Iglesia y no se transforme en un club de admiradores de Jesús**”. Quizás hoy habría que agregarle, ni tampoco en una ONG o una generadora de eventos “**pseudoespirituales**”.

Permítanme recordar la definición que está en nuestra “**Declaración de Creencias y Prácticas Bautistas**” sobre la Iglesia, que es muy clara y les animo a estudiar y aplicar:

“Creemos que la iglesia como el cuerpo de Cristo incluye a todos los redimidos de todos los tiempos y en todo lugar.

Asimismo, una iglesia del Señor Jesucristo es un cuerpo local de creyentes bautizados sobre la base de su conversión, los cuales se unen voluntariamente en la fe y en la confraternidad del evangelio. Estos creyentes observan las dos ordenanzas de Cristo, el bautismo y la cena del Señor; enseñan y se someten a sus enseñanzas; se apoyan mutuamente en comunión cristiana y procuran anunciar el evangelio hasta los fines de la tierra. Son capacitados para ejercitar los dones que Dios reparte en el seno del cuerpo de Cristo y realizar la obra del ministerio para la edificación de la iglesia, para hacer bien en el mundo y para cumplir con su misión universal.

Cada iglesia es un cuerpo autónomo, que funciona bajo el señorío de Cristo Jesús. Por medio de un gobierno congregacional cada integrante, sujeto a la voluntad y guía del Espíritu Santo, participa libremente. En esa auténtica democracia todos los miembros son igualmente responsables para el ejercicio de su sacerdocio espiritual.”

Solo una cita al Dr. Dana en su libro de Eclesiología. Al referirse al tema del gobierno de la Iglesia señala: “**La historia ha hecho indiscutiblemente cierto que la forma de organización del Reino de Cristo afecta tremendamente la actitud del creyente individual hacia el Reino de Cristo, e influye en la eficacia práctica del evangelio**”.

A través de la historia se fueron poniendo en práctica distintas formas de gobierno que no surgían de principios del Nuevo Testamento sino como intentos de respuesta a situaciones, problemas o el deseo de encontrar mayor efectividad en el desarrollo de la misión, pero la verdad es que si vamos al Nuevo Testamento encontramos con mucha claridad los principios del gobierno congregacional, que no son solo una mera asamblea en donde nos

creemos con la libertad de decir cualquier cosa, sino procesos espirituales en busca de la voluntad de quien es la Cabeza de la Iglesia, que naturalmente deben encontrar una forma de expresión práctica, pero que son en esencia procesos espirituales que enseñan, nos permiten desarrollar nuestra vida y dones al servicio del Señor.

El otro elemento que creo que también tiene una gran influencia en el desarrollo de la vida del cristiano es el culto, y permítanme señalar que hay una diferencia entre el culto público de la iglesia y un evento evangélico. Nuevamente los invito a recordar nuestra Declaración de Creencias y Prácticas Bautistas sobre el tema:

“Creemos que el deber de cada creyente es adorar a Dios y darle gloria. Por la gracia los cristianos se dedican en su vida privada, familiar y colectiva a la adoración, la alabanza y servicio de Dios como su culto racional. Esta adoración en espíritu y en verdad representa la honesta y libre búsqueda de comunión con Dios y no depende de ningún rito ni costumbre. La libre expresión en la adoración involucra elementos que predisponen a la congregación a dirigirse hacia Dios y rendirle culto digno tales como: la lectura de las Escrituras; el cantar himnos y canciones espirituales; el compartir testimonios; la oración en todos sus aspectos; la entrega de ofrendas y la predicación de la Palabra. Los cultos públicos y reuniones en las iglesias son a su vez testimonios de Cristo y por tanto deben conducirse dignamente y en orden para lograr la conversión de los incrédulos y la edificación de los hermanos.”

Hemos sido rescatados de nuestros pecados para poder adorar a nuestro Dios. Debemos llevar vidas de adoración, de entrega al Señor y hay un ámbito privado para desarrollarlo, pero también un ámbito comunitario en donde somos desafiados a adorar a nuestro Dios como pueblo, participando activamente como pueblo cultivando nuestra relación con Dios, en este sentido el Culto Público tiene un papel fundamental y de formación. En términos muy simples, en el culto no somos espectadores, sino que debemos participar activamente. Muchas veces en esa participación somos bendecidos por la atención de un hermano que ora por nosotros, un testimonio que nos inspira, la ofrenda entregada con alegría, el arrepentimiento y pedido de perdón frente al desafío de la predicación, el compromiso tomado como respuesta a la Palabra de Dios y tantas otras cosas que podríamos mencionar. Aquellos que tenemos la responsabilidad de trabajar en la preparación del culto debemos tener presente el propósito del mismo

Vivimos en una realidad en la que Dios quiere mostrar su amor y nosotros somos desafiados a ser instrumentos en Sus manos para manifestar de manera práctica ese amor.

Tenemos un Dios Santo y Soberano que nos ha dado una misión clara en donde la Iglesia tiene un lugar fundamental.

Continúa en página 3